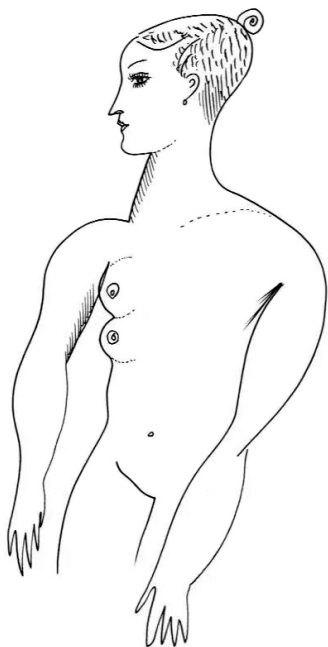


Eudris Planche Savón

CERO CUENTOS



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Eudris Planche Savón*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*

Cedida por Fundación Rafael Pérez Estrada

Autor: *Eudris Planche Savón*

Título: *Cero cuentos*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-1129-2020*

ISBN: *978-84-18453-26-7*

Málaga 2020

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

MAMÁ AGUSTINA

Permanecía cerrada en las mañanas. La casa oscura era mi lugar preferido. Sobre todo el portal donde en las tardes me sentaba con las piernas cruzadas, a escuchar las historias de jígües y aparecidos.

A veces me creía uno de esos personajes. ¡Había tanto de real en ellas! Cric crac, cric crac; era el sonido de la madera de su mecedor al rozar con los mosaicos y también mi música preferida para aquel momento.

Los muchachos en esos tiempos solo hablaban de juegos tontos: *Delta Force*, *Gran ladrón de autos*... Lo mío eran las historias del jígüe asustando a los vejigos que se bañaban en un arroyo. Mi madrina decía cada cosa: que si esto, que si lo otro. También me regalaba muchos dulces y galletas.

En ocasiones me ponía impaciente de tanto esperar esos dulces. Su costumbre de envolverlos en un papel, luego en un nailon con siete nudos y después colocarlos en un bolso; era terrible. Se me cansaban los pies de tanto esperar.

¿Acaso seré así cuando esté viejo? ¿Envolviéndolo todo? ¡No, yo no seré así con mis ahijados! No les haría la boca agua como me hizo mi madrina un día cuando llegué corriendo de la escuela, muerto de hambre, haciéndome esperar mientras registraba sus *nailons*, y luego me dijo:

—¡NO HAY NADA!

—¡Ay madrina! ¡Ay Mamá Agustina cuenta cuentos!

A mamá le encantaba decir:

—¡A esa vieja los años la tienen medio loca! Por eso se le olvida todo y no sabe dónde guarda las galletas y los dulces.

Eso me tiene muy triste. Suelto unas lágrimas distintas a las que papá me sacó al pegarme por abrir el teléfono, para ver por qué suena. O cuando tiré el gato en el tanque de la cocina para ver si flotaba como el de plástico, regalo de tía Lala.

En las vacaciones mamá me mandaba para el monte con tía, y yo:

—¡No quiero ir! En las vacaciones madrina me hace más cuentos.

—¡Sí vas!, allí te vas a divertir mucho con tus primos.

—Ellos me caen mal, son malos con los pájaros y conmigo... también me echan la culpa de sus maldades.

Mamá Agustina enfermó de una cosa que no querían decirme, porque los niños no deben saber. Oí a papá decir:

—Va por el mismo camino de Villo.

El señor de enfrente. A él no le gustaba ver a nadie en su corredor. Un día mojó al papá del mellizo con un jarro de orina y este le metió un piñazo. Ese Villo se enfermó y no le hacían nada las pastillas, las cucharas de jarabe, ni los termómetros.

Madrina era tan buena conmigo que le contaba todas mis cosas; ella me explicaba qué era bueno o malo. Y le

hacía mucho caso. A mamá y papá no, y eso que les cogí miedo. Imagínense si se hubieran enterado que le presté la ropa de pelotero al mellizo, para la fiesta de disfraces de la escuela. ¡Ay de mí!

Una vez mamá me llamó cuando estaba jugando a la escondida y no respondí. Si lo hacía iban a cogirme. Además, descubrirían mi escondite perfecto. Papá me pegó con la manguera de siempre. Aunque grité, siguió pegándome.

—¡Cuando vayas a portarte mal de nuevo, acuérdate de la manguera!

Así gritaba él. Se lo conté a Mamá Agustina. Le dije que papá también debe acordarse de la manguera, cuando hace cosas malas con Carmen a escondidas.

Después no me dejaban ir a ver a mi madrina. Pero escapaba corriendo para darle un beso y virar bien rápido. Así no me descubrían.

La casa de ella permanecía llena de gente. Josefa la de al lado, Mercedes la de la otra cuadra. Una enfermera con cara de niña, al parecer se mudó, porque no salía de allí. ¡Tenía los ojos cansados de tanto mirar!

—Cuando uno está enfermo los amigos te vienen a ver mucho —dice mamá— por eso entran y salen tantas gentes a la casa de esa vieja.

—Mis amigos no son así, vienen siempre a mis fiestas de cumpleaños, a estudiar, a jugar de vez en cuando, no sólo a visitarme si estoy enfermo. Esos amigos de mi ma-

drina sólo vienen ahora, nunca los he visto en las mañanas y tardes cuando voy a escuchar historias.

Entonces mamá viraba los ojos:

—¡Los muchachos de hoy en día saben demasiado! Tan enanos para meterse en cosas de adultos.

—No soy grande pero entiendo muy bien —le digo.

Y enseguida el pla pla y llorando me iba al cuarto.

Recuerdo esa tarde que no bateé la pelota porque escuché un ¡ay!... bien fuerte. Los vecinos corrían a casa de madrina, como si se estuviese peleando alguien en la cuadra. Papá soltó la bicicleta y fue también. Tenía miedo y empecé a llorar. Mamá fue adonde estaba y secó mis lágrimas.

—¡Quiero ver a mi madrina!

Ella dio unas vueltas y más vueltas. Habló cosas extrañas:

—Las personas van a un viaje al cielo... allí descansan.

Yo lo sabía todo. Carmen pasó por mi lado gritándole a su marido:

—¡Se murió Agustina!

Mamá seguía hablando. Luego nos fuimos de allí y quedé dormido. Cuando desperté corrí a verla. Como siempre la casa permanecía llena. Vi a madrina por el cristal de una caja. Tenía los ojos abiertos y estaba mirándome, pero de pronto los cerró. Lloré fuerte, tan fuerte que mamá me saco de allí, casi tumbando la corona de flores. A papá se le aguaron los ojos.

Abro la puerta. A pesar de tanto tiempo lo reconozco, es mi padre. Mamá está en el Hospital. La noticia nos sorprende a los tres. Mi hijo me grita: «malo y mentiroso». Luego abraza a su madre.

Estoy en mi cuarto. Intento escribir, pero no me concentro. «¡No tienes abuelos... ya no están!» Fue mi respuesta aquel día, cuando preguntó por primera vez.

A veces lloro a escondidas porque extraño a mi madrina. Necesito un abrazo. Recuerdo el sonido de su balance, las galletas y los dulces. ¡Quién sabe si todavía descansan en algún nailon escondido!

Desde la puerta susurran: ¡Papi!

ESTHER

Recuerdas Esther, cuando éramos pequeños y jugábamos a la casita. Cuando tú eras la madre y escogías al padre para que entrara a tu hogar. Yo fui el hijo, el jardinero, el hermano; pero nunca fui el padre. Aunque creo que una vez sí, cuando te reclamé me escogiste. Pero fui un padre de repuesto, que debía esperar por si el otro se iba a la guerra, dijiste.

Yo siempre me pregunté por qué yo no, si era lindo. Tenía unos dientes preciosos, ya formados del todo. Caminaba como hombre. Y tenía piel de chocolate, Esther. Y a

ti te encantaba el chocolate. Había que comprarte siempre, era re-caro y la plata que nos daban nunca alcanzó.

Por tu casa pasó Frank, al que llamabas blanquito pes-tealeche. Alfredo al que llamaste tiburón. Roger cangrejo. Pedro Jesús el hipopótamo. Pero nunca yo, al menos como padre. Desfilaron todo tipo de animales por tu casa. Era un zoológico. Y recuerdo, Esther, que no eras linda. Nada de linda. Que tu boca era un disparate. Que en ese tiempo nunca te peinabas. Que tus hábitos higiénicos eran pésimos. Y la comida de mentirita, sabes Esther, nunca me supo buena. Le faltaba sal y la salsa era un horror.

Cuando botaste al tiburón de Alfredo, él nos dijo que te comías los mocos. Y Frank, en una discusión, reclamó que cuando yo hacía de hijo me querías más que a él. Terminó marchándose Frank, junto a los otros.

Ahora estoy grande, Esther. Estamos grandes. Te odié, te odié tanto por nunca dejarme entrar como padre. Y el chocolate, Esther. A pesar de lo caro, aún se derrite por vos.

CERO

Uno

No le gustó verme peinando a la muñeca de mi hermana. Abrió la puerta del cuarto y me sorprendió haciéndole moñitos a Matilda. Puso una cara de esas que dan miedo y enseguida me vi llorando.

A Mamá le formó tremendo escandalo:

—... ve a ver lo que haces.

Fue lo último que gritó antes de encerrarse en el cuarto a continuar discutiendo con ella. Todo por mi culpa. Nunca debí haber peinado a Matilda. ¡Total! Si mi hermana siempre la despeina.

Estoy en mi cuarto sin poder salir. De la escuela a la casa, como dijo Papá. Llegué de la escuela y apenas me miró. Cuando Mamá fue a recogerme, tenía puestas unas gafas grandes y oscuras. Seguro para no mirarme o le habrá dado por lucir igual que la seño joven.

Tengo que hacer la tarea de Matemática. Pero no me atrevo a salir del cuarto y pedirle ayuda a Mamá. Seguro está castigada también.

«El área de un rectángulo es de 962 cm^2 , un lado mide 37 cm . ¿Cuánto mide el otro lado?». Si le pregunto a Papá, seguro dice:

—No te dije que CERO salidera del cuarto. CERO muñequitos. CERO salir a jugar. CERO andar con muñecas —para él todo da cero.

Tremendo lío me he buscado por querer ver a Matilda tan bella como Diana, no fuera de moda como la tiene mi hermana.

Tendré que mentir cuando la seño me pregunte por qué no hice la tarea. Si digo la verdad se reirán de mí los muchachos del aula. Seguro alguien me dice blandito. Y eso sí que no. Le meto tremendo piñazo. Según Papá, los hombres deben hacerse respetar por las buenas o por las malas.

Dos

Al otro día tuve suerte y no revisaron la tarea. En el receso nos fuimos algunos varones y dos hembras, para el sótano a conversar. Esta vez fue de cigarros. Patricio se la daba de fumador para llamar la atención.

—Yo también he fumado —dije yo para que Diana y Patricio me miraran. Pero era mentira.

Al llegar a casa, esperé que Mamá saliera a comprar mandados y le cogí dos cigarros de la caja que esconde debajo del colchón. Es que Papá fuma también y si los deja afuera no le duran. Me encerré en el baño y probé. Por poco me ahogo. No sé qué le encuentran Patricio, Mamá y Papá. No sabe rico. Sólo te deja un sabor amargo en la boca y hace toser como si uno tuviese catarro. Tendré que aprender, así le intereso más a Diana y a Patricio.

Quedamos en llevar cigarros para fumar a escondidas a la hora del receso. También compraremos caramelos para quitarnos la peste de la boca. Eso lo vi en una película, en que un hombre prometió a su mujer no fumar más y para que ella no lo descubriera, masticaba unos caramelos.

—Javier qué haces con ese cigarro.

¡Ay, mi madre!, ahora sí que me atraparon.

—Ay... ay... papi no me metas más.

Le cojo un odio a Papá cuando me mete. Me da una rabia tremenda y en ese momento deseo que le pasen cosas malas. Pero después me da miedo que pudiera pasar lo que deseé. Me sentiría muy mal.

A las niñas del aula les encanta Patricio, es que habla con tremenda rutina:

—*What's up man?* ¡Está buena esa niña cantidad!

Tres

Besar a Diana sería tremendo, digo, si ella me dejara darle un beso en la boca. Papá diría:

—Estás hecho un cabrón.

Y mamá le dirá:

—Y después dices que no se parece a ti.

Todo esto da felicidad para ellos.

Cuatro

Sonó el timbre y nos fuimos al sótano. Le dije que me gustaba mucho. Después le di un beso sin dejarla hablar. Tuve suerte y le gustó. Según ella, su mamá siempre le dice que las mujeres tienen que hacerse las fuertes cuando las enamoran y aparentar que no están interesadas. Pero ella no pudo hacerlo porque yo le gusto mucho. Ahora somos novios. Todo el mundo habla de nosotros. También me fajé con uno ahí. Lo cogí tirándole piedras y besos a Diana. Ni que fuera baracoense.

Ha sido tremendo ser novio de Diana. Cuando se supo en casa me quitaron el castigo.

—Eres un cabrón —dijo Papá.

Pero como él mismo dice: *lo bueno siempre se acaba*. Ella se va hoy de la escuela porque se va a mudar con su mamá para un barrio lejos de aquí. No me pudo dar ni un beso de despedida. Sólo me dio la noticia llorando y se fue.

Cinco

Al fin el timbre del receso, voy a bajar al sótano.

Cada día se suma alguien nuevo al grupo. Hasta hay más hembras; antes eran dos, ahora son cuatro. Y todo por la fama que me gané debido a ser novio de Diana. Las hembras se me pegan como guasasas en tiempo de mango. Y como Diana no está, más todavía. Pero a mí no me gustan las otras hembras de mi aula, no son tan bonitas como ella. Tal parece que mi hermana es quien las viste y las peina así tan feas; igual que a Matilda.

Hoy Patricio se apareció con un pedacito de tabaco. Nos dio a probar, pero no quisimos. Todo iba bien hasta que se desmayó.

—¡Ay mamacita, busquen agua para echarle! —decían las muchachas.

—Caballero, hay que darle un boca a boca —dijo Claudia, pero nadie hizo caso.

—¡Ahí viene la seño! —alerté y todos se mandaron a correr.

Pendejos que son.

—Patricio... Patricio... despierta. No me voy a ir de aquí.

Seis

Mis padres ni se hablan desde aquella tarde en que la seño les contó lo que vio. Papi le pegó a Mamá por ella decirle que debía aceptar lo que pasó.

Aún no he visto a Patricio. No sé si le gustó. Ya no tengo ganas de venir a la escuela. Tampoco de atender las clases. Según la seño, estoy perdiendo hábitos de estudio. Por dondequiera que paso todos me miran como si fuese un bicho raro. Algunos me gritan: ¡plumita boca boca!, y otros se alejan de mí como si tuviese mal olor.

En la casa, me encierro en el cuarto a llorar a escondidas. Claudia me contó que la mamá de Patricio habló con la directora para que lo cambiaran de aula. También le dijo:

—Lo que él tiene se pega, es una enfermedad contagiosa.

Yo no me siento enfermo. Me toqué el cuello y no estoy caliente. Sólo estoy triste porque Papá esta bravo conmigo y no quiere mirarme. Todos dicen que lo que hice es muy malo. Más malo que hacerle moños a Matilda, que tirarle piedras a la mata de mango del vecino o faltarle el respeto a una persona mayor cuando me regaña.

Siete

Estoy loco por ver a Patricio para preguntarle. ¡Seguro dice que sí!

Voy a escaparme con él, para un lugar donde varones + varones no dé cero, y los padres no se fajen.

BRACHIOSAURUS

*A Valentín Rasputín
A Monterroso*

El niño sabe que fue su hermano mayor quién le robó. No se lo contaría a nadie. Pero hoy su mamá, al levantar la alcancía para sacudir la mesita de noche, se percató que ya no pesaba diez libras; como ella siempre le decía elogiándole que iban en aumento sus ahorros.

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Acaso gastaste el dinero? ¿Ya no estás obsesionado con comprarte el dichoso dinosaurio que vimos en la juguetería? ¿Recuerdas?, ¡tu preferido!

Entonces el niño, sospechando lo fuerte que le pegarían a su hermano, como aquella vez en que la madre, borracha, lo hizo; la miró muy extrañado y afirmó:

—No he olvidado el dinosaurio, mami. Solo quería gastar algo de dinero en dulces.

Volvió a reunir monedas. Poco a poco la alcancía fue recuperando las diez libras de peso, algo en lo que la madre ayudaba a escondidas incorporando billetes y monedas. El niño ya se imaginaba en la tienda, pagando por el dinosaurio aquel de largo cuello y patas delanteras: con garras en algunos de sus dedos. Un hermoso *Brachiosaurus* que casi lo sobrepasaba en tamaño y sobre el cual sabía casi todo, pues leía muchos libros.

La alcanzía, si bien ganaba peso, lo perdía. El niño lloraba a escondidas. Por momentos quería contárselo todo a su madre. Pero no lograba hacerlo.

Por fin llegó el día en que compró el dinosaurio. Lo abrazaba. Salía a buscarle hojas para que comiera, porque como todo un *brachiosaurus* que era, estaba seguro de que estos solo eran herbívoros. También le daba de comer esos dulces que su hermano compartía con él. Imitar la voz de su nuevo juguete amigo, era uno de sus juegos preferidos. Algo que la madre detestaba escuchar cuando llegaba borracha de sus fiestas.

Aunque era feliz con esta nueva compañía, aquel secreto que guardaba en ocasiones lo hacía entristecer. Lo que el niño nunca imaginó, era que su madre sabía todo, incluso sobre el dolor que él estaba sintiendo. Pero ella tampoco decía nada.

Allí, en su cuarto, quedaba dormido cada noche con el dinosaurio en su regazo. Y luego su hermano, dando pasos lentos para no tropezar, irrumpía en la habitación. Tapaba al niño con la colcha y comprobaba si había monedas en la alcanzía. Pero no. Ni siquiera para un dulce.

Si su madre llegara otra vez igual, no sabría qué hacer para darle de comer a su hermano. Miró al dinosaurio: rozaba con la boca el cuello del niño. Pensó en los dulces...

Esa noche, el niño tuvo una pesadilla en la que el hermano mayor, en vez del dinero, le robaba el dinosaurio para venderlo. Entonces él, tuvo tanta rabia que deseó que su hermano pagara y terminó por contárselo todo a su madre. Pero era muy tarde, su amigo ya estaba vendido. Luego vinieron los golpes y los gritos de su hermano. Y el niño fue feliz, tan feliz que cuando despertó, el *brachiosaurus* todavía estaba allí.

LUZ PROPIA

La habitación está a oscuras. Entro. De la lámpara solo quedan restos de cristales en el cubo de la basura, que está en el patio. Tío los echó allí:

—No te atrevas a acercarte. Si te cortas con los cristales de ese tubo de lámpara, la herida no sana.

Yo creo que es mentira eso que él dice. La herida que tengo en el muslo ya está sanando. Tía afirma que fueron los espíritus quienes tumbaron la lámpara:

—Malos espíritus que entran en la casa.

Tío afirmó que es brujería de los vecinos:

—Les molesta que nosotros avancemos y ellos no.

Los vecinos partieron el tubo de lámpara.

Los espíritus partieron el tubo de lámpara.

La brujería partió el tubo de lámpara, no yo.

Quería ver si tenía dentro los mismos alambritos que tienen los bombillos. Buscaba en ella uno más duro para crear mi propia luz. Probé con el que tienen los bombillos y no me sirvió para nada, al menos la parte que se enrosca como un muellecito. Era muy frágil, quedó como cenizas en mis manos cuando partí aquel bombillo que aún mis tíos creen está en su caja.

Con el tubo de lámpara fue diferente. Lo dejé caer al igual que el bombillo. Solo que dé más altura. No porque quise. Sino porque cayó cuando intenté zafarlo. Sonó fuerte, más fuerte que el bombillo. Todos en la casa lo escucharon. Por eso corrí y no fui yo. Luego regresé al cuarto como si no supiera nada. Mis tíos estaban allí, observando. Nadie puede probar que fui yo.

La culpa es de la brujería, los espíritus, los vecinos. Eso lo dicen mis tíos. Y como son mayores pues deben tener razón. Los mayores siempre la tienen. No se cansan de repetirlo.

Tío buscó el recogedor, y tía barrió los cristales. Cuando se fueron, busqué en el cubo de la basura.

Me corté. No las manos, el muslo. Traté de no cortarme las manos, pero me corté el muslo cuando volteé el cubo para ver si el alambrito estaba allí. Una pequeña herida. Solo un puntico.

No lo encontré. Quizás quedó entre los pelos de la escoba de tía, enredado. Quizás se deshizo como ceniza.

O tal vez los tubos de lámpara no tienen alambritos en forma de muelles.

Ahora estoy a oscuras. Tratando de pensar sin que me molesten. Sin que tía o tío intenten traducir mis pensamientos: “trama bandolerismos, travesuras, malcriadez aprendida con los hijos de los vecinos”. Siempre lo mismo cuando me sorprenden pensando. Pero no es nada de eso que ellos piensan. Solo busco la forma de abrir un bombillo o tubo de lámpara, sin que exploten y se destrozce el alambrito en forma de muelle.

Intentos fallidos

Tratar de partir el tubo de lámpara por una esquina, luego de quitarle la tapita de metal. Lo mismo hice con el bombillo, luego de quitarle la tapita en forma de roscas.

Quiero crear mi propia luz. Dicen mis tíos que cuando una madre se va deja una luz propia a sus hijos. Estos deben descubrirla, para que la madre permanezca por siempre y no se marche.

Así podré ver a mamá en ese agujero oscuro donde la encerraron. Y quedaré dormido junto a ella. Allí, sin apagar la luz, porque tengo miedo.



*Este ejemplar se terminó de imprimir en la ciudad de Málaga,
bajo la inspiración de **Mnemósine**, titán hija de Gea y
Urano. Al cuidado de esta edición las Librerías
Proteo y Prometeo.
Málaga, 2020*

Eudris Planche Savón

Cuba, 1985. Escritor y médico, subdirector del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Su obra incluye novela, cuento, poesía, ensayo y literatura juvenil. Investigador miembro de *Latin American Studies Association*. Coordinador de 2014 a 2020 del Encuentro de Jóvenes Escritores de Iberoamérica y el Caribe dentro del marco de la Feria Internacional del Libro de La Habana. En 2019 representó a Cuba en la 45.^a Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, Argentina. Así como VII Festival Internacional Va Poesía Argentina. Su primera novela ***Hermanas intercambio*** (Editorial Gente Nueva, Cuba, 2016; Editorial Milena Caserola, Argentina, 2019), obtuvo Mención única del *Premio Nacional David* 2013, *Premio Nacional Pinos Nuevos* 2015, *Premio Mundial a la Excelencia Literaria* 2019-2020 (*Worlds Nations Writer's Union*). *Premio Concurso Internacional Temirqazyq* 2019, *Finalista del Premio Casa de las Américas* en 2015 y 2019. *Mención Premio Nacional Abril* 2015. Publicaciones suyas aparecen en Argentina, Cuba, España, Estados Unidos y México.

